

Amando de Miguel

El final del franquismo: Testimonio personal

(Madrid, Marcial Pons Historia, 2003)

Amando de Miguel es un universitario de la cabeza a los pies, un profesor que, desde muy joven y gracias a su paso por Columbia y algunos otros recintos universitarios de los Estados Unidos, tuvo siempre el aspecto típico de los profesores anglosajones, tan alejado del característico y formalista estilo que definía a los profesores españoles en aquellas décadas de los sesenta y setenta. Pero cuando escribimos que era y sigue siendo un universitario en la más amplia acepción del término no nos referimos, evidentemente, a su personal atuendo, sino a su actitud ante la vida, a su manera de actuar y comportarse, en las que rezuma, como si le brotase de todos sus poros, la noble condición profesoral. Y, sin embargo, a este profesor que ha alcanzado a lo largo de una prolongada trayectoria universitaria los niveles de la excelencia —como queda a la vista en su prolífica bibliografía y en tantos otros empeños que han trascendido más allá de las paredes del aula— se le quedó chica desde muy pronto la Universidad y se volcó en otras dedicaciones o, más exactamente, proyectó hacia la sociedad y, específicamente, a los medios de comunicación los saberes y técnicas que otros mantienen a buen recaudo tras los muros académicos. Posiblemente, Amando de Miguel ha sido el primer sociólogo español que ha popularizado entre nosotros a la Sociología, uno de los primeros que, más allá de las teorías y siste-

mas, más o menos abstrusos, entendió la Sociología como ciencia de la sociedad, de esta sociedad española, sobre la que ha dirigido con incansable curiosidad e indisimulado apasionamiento sus incesantes afanes investigadores. Fue también Amando uno de los primeros (seguramente habría que decirlo en singular) que utilizó el método de las encuestas, una dedicación que, durante mucho tiempo, le definió como «ese que hace encuestas». Era aquella una época en la que incluso componentes de eso que suele denominarse el «público culto», y no sólo en España, miraban con una enorme desconfianza los métodos de la investigación social, a los que sumariamente descalificaba con frases como esa tan repetida de «a mí no me han preguntado nunca», o que, incapaces de entender las más elementales nociones del cálculo de probabilidades o de la ley de los grandes números, recelaban sin rebozo del método de las muestras. Todavía recuerdo al respecto una serie de artículos publicados en *Le Monde* por el académico Maurice Druon, auténtico paradigma de la actitud contraria a las encuestas. A pesar de incomprendiones e ignorancias, Amando practicó con empeño las técnicas de la investigación social, formó equipos pioneros y, gracias a su constancia y a la de algunos otros sociólogos, no demasiados, empezamos a conocer mejor el rostro de aquella España, en trance de experimentar el cambio más profundo e intenso de su moderna historia. Como escribe en su libro, «España era un laboratorio único para estudiar, en vivo, la lenta degradación de un régimen autoritario». Partiendo de las teorías y de las experiencias anglosajonas, Amando de Miguel se zambullía en la sociedad española y regresaba al ámbito de la reflexión, del análisis

y del estudio para levantar el mapa de aquel país en plena turbulencia.

Esta Sociología de ida y vuelta, caracterizada por un continuo viaje de la realidad social a la reflexión universitaria, y viceversa, explica que Amando haya sido también uno de los primeros sociólogos que compatibilizó con éxito la cátedra universitaria con esa otra cátedra cotidiana que son los periódicos y, en general, los medios de comunicación. Todavía hoy, Amando de Miguel es una voz habitual en las tertulias radiofónicas y en las páginas de opinión de periódicos y revistas. Una actividad que, como cuenta en el libro que provoca este comentario, empezó en las páginas de aquel *Madrid*, «diario de la noche», que aprovechando la ampliación de los márgenes de la libertad de prensa, fruto de la famosa Ley Fraga de 1966, alimentó la esperanza de las jóvenes generaciones de que no era imposible pensar que España podía llegar a ser un país normal. Yo había coincidido con Amando en la carrera de Ciencias Políticas —cuya Facultad estaba situada en el sobrio y solemne caserón de la calle San Bernardo—, carrera que yo hice a salto de mata, mientras iniciaba la preparación del doctorado en Derecho, tras haber cursado la licenciatura en mi natal Salamanca. Como él, yo también asistí al seminario que, bajo la dirección de los profesores Díez del Corral y José Antonio Maravall, se reunía los viernes por la tarde en el Instituto de Estudios Políticos, en lo que es el Palacio del Senado, si bien apenas si coincidimos allí pues él lo sitúa en su etapa de alumno y yo fui asiduo, algo más tarde, ya como joven profesor que «ampliaba estudios» con aquellos dos relevantes maestros. Pero aunque los contactos no fueran muy frecuentes, Amando de Miguel

era bien conocido y nadie dudaba que estaba llamado a destacar en la vida universitaria, y recuerdo que había quien aseguraba que también en la política. Por eso no me extrañó ver sus artículos en la leída página 3 del periódico, donde llegó, según cuenta, por invitación de otro gran amigo de aquella época, el profesor Juan Ferrando. Como yo experimentaré personalmente algunos años después en la no menos apasionante aventura de *Cambio 16*, poder leer aquellos refrescantes artículos era de lo más gratificante. Íbamos ganando poco a poco cotas de libertad, pero todo nos parecía poco porque no nos conformábamos con menos que un sistema de libertades similar a los de los países extranjeros que visitábamos en cuanto teníamos ocasión. No se sabía si admirar más el contenido de aquellos artículos —que hoy nos parecería de lo más trivial— o el hecho de haber superado las trampas de la censura, oficialmente inexistente después de la Ley del 66, pero que todos sabíamos que seguía actuante por medio del famoso artículo 2, definido por los periodistas como «un campo de minas». Su aventura periodística le costó a Amando de Miguel la desagradable experiencia de la cárcel y del arresto domiciliario, como, con detalle, relata en estas memorias. Fue entonces cuando inició la redacción de un diario que Amando reproduce tal cual, en cursiva para diferenciarse del resto del texto, en este libro. Tiene el máximo interés este método de unir la vivencia inmediata y directa de aquella etapa, «un desgarrón del alma» lo llama Amando, con la reflexión actual y a distancia sobre un pasado no sólo personal, sino también social. Porque aunque en las páginas iniciales nuestro autor se defina como «impenitente romántico», lo cierto es que su «ojo so-

ciológico», la mirada escrutadora sobre su entorno y su circunstancia son constantes en cuanto escribe Amando.

Amando de Miguel y yo mismo tuvimos otra coincidencia curiosa con motivo del «asunto FOESSA», que relata con detalle en otro capítulo del libro. Sin dejar la Universidad, yo había hecho oposiciones para el Cuerpo Especial de Información y Turismo y, tras superarlas, seguí una trayectoria funcional que, a principios de la década de los setenta, me llevó a ocupar el cargo de Subdirector General de Acción Cultural y del Libro. Fue en esa condición como supe que el Informe FOESSA de 1970 había sido sometido al trámite llamado de «consulta voluntaria». El Informe había recibido las obligadas «bendiciones burocráticas», un resultado al que no fui ajeno, y eso quería decir que, por lo tanto, podía salir a la calle sin problemas. Pero eso era la teoría. En la práctica estábamos muy lejos del Estado de Derecho y, a pesar de la ley, pronto me enteré de que el voluminoso libro del Informe estaba vetado. Como responsable de aquella Subdirección General sobre mí caía la culpa de no haber parado a tiempo la aparición de un Informe cuyo capítulo V, dedicado a «Vida política y asociativa», se consideraba inaceptable no tanto por los máximos directivos del Ministerio como por los sectores más radicales del franquismo, que iniciaban por entonces el proceso de «bunkerización» que duraría hasta la muerte del dictador. El Ministro Sánchez Bella me hacía de alguna manera responsable y me dio orden de arregarlo como fuera con el autor del Informe, Amando de Miguel. La idea era muy clara: puede salir todo menos el dichoso capítulo. Así es como se produce la «nego-

ciación» entre el autor y el «alto funcionario» que era yo y que Amando narra en su libro. A distancia de más de treinta años, uno se puede hasta reír, pero lo cierto es que yo lo pasé muy mal, tanto seguramente como Amando. Ambos llegamos a lo que él llama un contrato «leonino y ominoso» en virtud del cual se arrancaba de los 5.000 ejemplares del Informe el famoso capítulo, que el Ministerio compraba para distribuir entre altos cargos. Yo me quedé, por supuesto, con uno de los ejemplares del capítulo, que todavía conservo. Para mí no acabó ahí la historia porque, a partir de aquel momento, me convertí en la bestia negra de los sectores involucionistas del régimen, incapaces de entender cómo se había colocado a un «liberal» —así se me denominaba en la ficha que abrió el Servicio de Información de la Presidencia— en un puesto de tanta responsabilidad. Debo decir, en honor a la verdad, que el Ministro Sánchez Bella me defendió hasta que no tuvo más remedio que destituirme. Pero, ironías del destino, cuando me llamó para decirme que no tenía más remedio que cesarme por las citadas presiones (por cierto, me sustituyó, contra toda norma vigente, un coronel de «estricta observancia franquista») me dijo: «Le voy a destinar a un puesto que le va a gustar todavía más». Y me nombró Director del Instituto de la Opinión Pública, primero «en funciones» y, pocos meses después, con todas las de la ley. Nada podía ser, en efecto, más de mi agrado pues yo ya había decidido preparar la cátedra de Opinión Pública que, pocos años después, se convocaría en la recién creada Facultad de Ciencias de la Información. La lectura de aquel capítulo, que Amando reproduce como anexo en su libro, es del máximo interés porque demuestra

el miedo a la realidad que atenazaba a aquel franquismo tardío, incapaz de enfrentarse con la sociedad a la que gobernaba. Una confirmación de la lúcida tesis de Giuglielmo Ferrero: en las dictaduras el pueblo tiene miedo al poder, pero el poder también tiene miedo al pueblo.

Este «testimonio personal», como él lo denomina, de Amando de Miguel es más que eso porque, como ya hemos dicho, el enfoque sociológico está en cada página y casi en cada línea. Me parece un documento importante para la historia de la transición, que, para Amando, «se gesta en el ambiente universitario en los quince últimos años del franquismo». Señala, en este sentido, cómo profesores universitarios estuvieron presentes en los incipientes partidos políticos e incluso en los medios de comunicación que, desde *Madrid a Cambio 16*, jugaron un papel decisivo en el proceso. Por eso es tan notable el testimonio de una persona que, como Amando de Miguel, se ha movido y se sigue moviendo con tanta soltura en ambos ambientes. Para quienes, además, compartimos inquietudes generacionales, un libro como éste, a pesar de ser tan personal, tiene trazos biográficos porque nos retrotrae a sucesos vividos o contemplados de cerca, que forman parte de nuestra propia experiencia vital.

Alejandro MUÑOZ-ALONSO

Enrique Gil Calvo

El miedo es el mensaje. Riesgo, incertidumbre y medios de comunicación

(Madrid, Alianza Editorial, 2003)

La sociedad actual es un gran *thriller* protagonizado por la opinión pública, referida como: «*institución encargada de controlar y hacer transparentes los actos de poder*» (página 200). Así podría sintetizarse el último libro del profesor Enrique Gil Calvo. Estaría en la línea de su forma de expresión, de un estilo con frases tan contundentes como ocasional y calculadamente ambiguas, como, en definitiva, ocurre en el género cinematográfico de referencia en el texto. Así, puede dejarse a un lado, como si fuera mero artilugio retórico, el homenaje que se realiza al cine, considerado con justicia como medio supremo. En el continuo juego entre lo real y lo virtual, donde lo real adquiere las características de la ficción y ésta se convierte, al menos en sus consecuencias, en realidad, se genera la duda de si el libro es una excusa, como el repetidamente referido McGuffin, para decir que la sociedad es como una película de suspense, o si éstas expresan la lógica de las actuales sociedades, convirtiéndose en género de representación paradigmático. Ahora bien, se distancia de obras recientes que pretenden contar Filosofía, Antropología, Historia o Sociología a través de las películas¹. Aun cuando

¹ Véanse Mary M. Litch, *Philosophy through film*, Nueva York: Routledge, 2002; Christopher Falzon, *Philosophy goes to the movies*, Nueva York: Routledge, 2002; anteceditos, aun cuando más cercano a la teoría del arte, del libro editado por Cynthia A. Freeland y Thomas E. Wartenberger, *Philosophy and film*, Nueva York: Routledge, 1995. En el panorama español destacan: Julio Cabrera, *Cine: 100 años de Filosofía*, Barcelona: Gedisa, 1999; la premiada Juan Antonio Rivera, *Lo que Sócrates diría a*